

La Cisalpina por otra parte debía armarse, poner en pié sus mejores tropas y enviar á Viena una embajada especial para notificar al emperador que se declaraba neutral en el conflicto franco-pontificio.

Decíale además á Berthier que debía marchar á Roma como si sólo le empujase el deseo de vengar la muerte de su compañero de armas, pero que al llegar delante de Roma lanzase una proclama furibunda que hiciera salir escapados al Papa y á los cardenales.

Berthier le respondió que se daba por enterado. Que comprendía que se le había nombrado cajero de la expedición de Inglaterra y que no faltaría.

A Bernadotte que estaba de embajador de Francia en Austria, en donde debía estudiar la cuestión del restablecimiento de Polonia, y si se podría contar con que Austria dejaría hacer en Oriente á cambio de darle en compensación la Bosnia, la Servia y la Albania á expensas de Turquía, le decía Talleyrand que nada se haría contra el poder espiritual del Papa. Por lo que tocaba al temporal esto se dejaba por decir, según determinaran las circunstancias.

Las instrucciones de Bonaparte fueron ejecutadas al pié de la letra, pero á cada paso que daba adelante Berthier sentía más grande su responsabilidad, y se asustaba á la idea de entrar en Roma al frente de un ejército sin zapatos y sin un franco en el bolsillo. Sus angustias se las contaba día por día á Bonaparte, á quien acabó por pedirle que le diera un sucesor, y este fué Massena, hombre muy poco escrupuloso. Pero mientras llegaba su sucesor tuvo que cumplir con lo que se le había ordenado, esto es, lo que le había ordenado Bonaparte, porque el Directorio le escribió para que destruyera por completo el poder papal y no obedeció. Los generales franceses ya no obedecían más que á Bonaparte.

Al llegar, pues, Berthier á Roma, por medio de Azara se abrieron en seguida negociaciones para la paz, ofreciendo toda clase de satisfacciones al Papa y además castigar á los asesinos de Duphot, todo acompañado de treinta y un millones. Berthier hubiera desde luego concedido la paz con arreglo á estas condiciones, pero allí estaban los comisarios del Directorio, y éstos, puestos de acuerdo con los demócratas romanos, resolvieron forzar la situación.

Una primera intentona, la del 11 de Febrero, no dió resultados, pero á la segunda, que fué el día 11, el pueblo demócrata reunido en el Foro, proclamó la república declarando abolido el gobierno de los

cardenales, Berthier tuvo que conformarse y hacer su entrada solemne en la ciudad.

Si hasta este momento pudo el general francés mantener la disciplina en sus tropas, una vez dentro de una ciudad rica y que no carecía de nada, era imposible sujetar á sus haraposos y hambrientos soldados á la disciplina del campo. Al merodeo sucedió el saqueo y todo el mundo procuró encontrar algo que le resarciera de las miserias pasadas. Haller, que estaba allí para cobrar la contribución convenida en Toletino, decía á su gobierno que Roma era presa de corsarios, y como se sabía que las mayores riquezas estaban en el Vaticano, se obligó al Papa á que saliera para la Toscana, y apenas hubo escapado, el saqueo de su palacio no respetó ni lo sagrado ni lo profano. Museos, iglesias, palacios, todo fué registrado y no se dejó en ellos objeto de valor manual. Pero si Roma se bastaba á sí misma gracias á la *Annona*, Roma no pudo abastecer á los soldados franceses, ni pudo tampoco vestirlos, de modo que el fruto de las rapiñas de éstos iba á pasar á otras manos, á las de los especuladores que siguen siempre á los ejércitos. Así ni se les pudo dar pan, ni se les pudo vestir, ni pagar á cuenta de sus atrasos dos meses de sueldo que el mismo Berthier, para tenerlos disciplinados, les había ofrecido al marchar. Oficiales y soldados estaban igualmente furiosos.

Público este estado de los ánimos de los soldados, procuró explotarse por parte de los amigos del gobierno pontificio, quienes hubieron de procurar que las subsistencias fueran cada vez más raras y más difíciles de obtener en Roma. Y esto lo decimos fundados en la insurrección de los transteverinos, quienes al ver la insurrección general del ejército, creyeron poder desembarazarse de él acometiéndole por todas partes.

Sucedió que los capitanes, oficiales y clases, indignados de la conducta de sus soldados y de su miseria, le dijeron á Massena á los dos días de su llegada que no le aceptaban por jefe, y que exigían que se pagara y mantenera el ejército como era debido y se pusiera fin á los robos que deshonoraban el nombre francés. Supieron esto los soldados y se ofrecieron en masa al Comité que la oficialidad y las clases nombraron. Entonces es cuando los transteverinos se echan á la calle á los gritos de ¡Viva el Papa! ¡viva la religión! pero á los primeros pasos, la disciplina se reconstituye por encanto y Massena puede batir la insurrección popular con sus soldados que le aclaman frenéticos. Pero al otro día se renovó el tumulto, y Massena no tuvo más remedio

que salir de Roma. Los soldados mismos que tan fácilmente se entregaban al robo y al saqueo no querían por jefe á un hombre tan mal reputado en el ejército.

Mientras esto sucedía en Roma, en Mantua la guarnición francesa se insurreccionaba también pidiendo también sus pagas. La situación no entró en caja hasta la llegada del general Gouvion Saint-Cyr, una de las primeras reputaciones del ejército por sus conocimientos militares, su valor y su escrupulosa honradez.

Fuerza es ahora seguir la política francesa, de nuevo en Suiza.

Ya hemos dicho de qué manera había inflamado Bonaparte el corazón de los demócratas suizos. Al llegar á París, Ochs, hombre de gran talento y el más reputado de todos los oradores de la Helvetia, fué presentado á Bonaparte, quién, comprendiendo que el tribuno de Basilea ardía en deseos de regenerar su patria arrancándola de las manos de su gobierno aristocrático y clerical, procuró alentarle en su obra revolucionaria, pero Ochs le declaró desde luego que un levantamiento popular no era posible sino se veía apoyado por una intervención. Ochs, pues, le ofreció á Bonaparte en presencia de Rewbell, que atestiguaba la conformidad de miras del Directorio con Bonaparte, que al llegar á Basilea haría lo posible para alcanzar una reforma democrática de la Constitución cantonal, pero que no se olvidase que en Suiza no se podía contar más que con las clases ilustradas y que el bajo pueblo no seguiría. Bonaparte le ofreció que el embajador de Francia en Basilea le auxiliaría y que él le respondería de hacer apoyar el movimiento de Basilea por los suizos italianos. Esto sucedía el 8 de Diciembre.

Además de Ochs, agitábanse en París los patriotas de Friburg y del cantón de Vaud, que habían tenido que emigrar á Francia, por haber celebrado la toma de la Bastilla en Laussana en 1791. El jefe de estos, Amadeo Laharpe, había entrado en el ejército francés y se había batido en 1796 como general de división á las ordenes de Bonaparte bizarramente en varias batallas, pero en una operación de noche, sus tropas por equivocación le mataron de una descarga. Ahora, era su primo César quien en París representaba á los demócratas suizos emigrados.

Laharpe, de acuerdo con Bonaparte, presentó una memoria al gobierno francés, para probarle que podía y debía intervenir contra Berna, que no había convocado nunca los Estados del cantón de Vaud, á lo que se había comprometido por los tratados de

1536, 64 y 63, cuyo cumplimiento, el duque de Saboya y Francia habían garantizado, por cuyo motivo ahora que Francia era señora de Saboya, podía intervenir como sucesora de los Duques, y por su misma parte. Todo esto era inexacto, y sin consistencia, pero era un pretexto que no todo el mundo estaba en disposición de poner en claro, y aún no siempre había encontrado pretextos tan bien disimulados el general de Italia. Pero Talleyrand se opuso á toda reclamación fundada en tales asertos, convenciendo á Bonaparte que habría medio más serio para una intervención, y que él lo encontraría. Hé aquí el nuevo pretexto que el diplomático y serio Talleyrand alegó para que los franceses penetraran en Suiza.

Por el tratado de Campo Formio, el emperador había cedido á Francia el territorio alemán del obispado de Basilea; ese territorio ocupado ya desde 1792, se había constituido en república de Rauracia. Ahora bien, el obispo de Basilea como á tal, tenía también el derecho de soberanía sobre algunos valles de las pendientes occidentales del Jura, que eran independientes del emperador, y que en parte eran administrados por Berna. Estos eran los valles de Munster y de Saint-Immer, y la pequeña república de Bienne. En su consecuencia, dándose Francia por heredera de estos derechos que la llevaban á mandar en los Estados suizos, el 15 de Diciembre, sin aviso de ninguna clase, mandó que algunos batallones del ejército del Rhin, ocupasen los valles antes mencionados que eran los que dominaban el camino más corto para llegar á Berna.

Berna y Soleura se sintieron amenazadas, y resolvieron reunir sus soldados, pero en Soleura estaba en aquellos momentos el más célebre, el más hábil, pero también el menos serio de los historiadores alemanes de esta época, Juan Muller, según opinión de Sybel, y Muller que estaba allí como consejero de la Cancillería aulica para informar á Thugut sobre el estado de Suiza, hizo cuanto pudo para contener el movimiento de resistencia de Soleura consiguiéndolo al fin, y lo que es más, preparándola para una transformación democrática para la que le creía dispuesta según escribió á Bacher en Basilea.

Como no se había pasado en Berna y en Soleura del período de las intenciones, hubo que volver al antiguo plan de Laharpe, para ver si Berna daba pretexto para que los batallones de Munster y Saint Immer avanzasen, y al efecto, Talleyrand reconvinó ásperamente á los gobiernos de Berna y de Friburg el 28 de Diciembre de 1797. Al mismo tiempo, se

daba orden á las tropas francesas que se acercasen al lago de Ginebra.

«En Suiza como en Venecia, dice Sybel, la aristocracia soberana había envejecido, se había replegado en sí misma, y apoltronado, por la seguridad de una larga paz y la propia mezquindad de sus

pequeños Estados. Los jóvenes patricios, viendo que no necesitaban grandes estudios para llegar á los empleos y á los honores, perpetuaban en la administración la rutina de sus predecesores; los viejos dignatarios, penetrados en su mayor parte de la idea, que no había mejor bien que la paz, eran se-



BARRAS

veros con los indóciles, y condescendientes con los poderosos. Esos sentimientos predominaban en Berna desde las últimas elecciones para el Gran Consejo de 1795.» Pero el viejo landammann Steiger, censuraba esta actitud y aconsejaba temperamentos enérgicos, en vista de la actitud cada vez más amenazadora de la República francesa, y su modo de sentir lo compartían las clases bajas, en quienes anidaba todavía el antiguo y ardiente sentimiento de libertad é independencia de los pastores suizos.

El gobierno de Berna sobre el país sometido de Vaud, estaba lejos de ser opresor y tiránico, y esto lo prueba el que, diez y ocho de sus veinticuatro batallones, al sentir amenazada la independencia de Vaud, renovaron su juramento de fidelidad á Berna, pero esto no quiere decir que la minoría no tuviera derecho á reformas liberales que dieran satisfacción á las aspiraciones de la moderna sociedad europea. En este punto Berna, no tenía ni ojos para ver, ni oídos para oír. La inmovilidad y el reposo eran los principios de su gobierno.

Solo en el cantón de Saint-Gall la aspiración democrática tenía arraigo, debido al gobierno del Abad que el pueblo quería sacudir, fuera de aquí y del bajo Valais que trataban muy mal las ciudades del alto Valais, en todas partes estaba en minoría la aspiración democrática, aun cuando en todas partes

eran lo más ilustrado de Suiza quien la sostenía. La agitación, pues, revolucionaria de Suiza, era fácil de calmar, pero la Constitución federal era para ello ineficaz.

«Cada cantón era de por sí soberano; la Dieta federal tenía de por sí atribuciones muy limitadas, y



SCHERER

mal determinadas desde el punto de vista legal. De ello resultaba una debilidad y una vacilación permanente en la administración de los intereses generales, y sobre todo de los negocios extranjeros. Los cantones más pequeños estaban celosos de los grandes, sobre todo de la poderosa Berna, y era una verdadera vergüenza para la Confederación que lo que se llamaba *Gemeine Vogteien*, es decir, los países sometidos, los cuales, colocados unos bajo la dominación de doce, los otros de ocho, de tres ó de

dos cantones, fueran gobernados por los bailios de Schwyz y de Uri de una manera que desafiaba toda justicia y toda humanidad, sin que los otros cantones pudieran intervenir en lo más mínimo. Había, pues, en el terreno de la Confederación, vasta materia para el mejoramiento y emancipación políticas, y la Constitución elaborada por Pedro Ochs, habría pasado, en muchos puntos, y abierto el camino á fecundas reformas.» Si este hubiese sido el plan de Rewbell y de Bonaparte nada habría que censurar,